

“HEMOS APRENDIDO DEL SALMÓN, A SOBREVIVIR, NADANDO SIEMPRE CONTRA LA CORRIENTE”

Adolfo Koblecovsky

Los orígenes

Nací el 20 de octubre de 1952 en el seno de una familia trabajadora de la provincia de Buenos Aires. Fui el segundo de los tres hijos de Salvador y Rosa. Mi padre, nacido en Tucumán, era descendiente de inmigrantes de Europa Oriental. Mi madre llegó de Polonia cuando tenía apenas un año.

Mi infancia transcurrió en Valentín Alsina, en el partido de Lanús. Era un barrio tranquilo, de quintas, donde el lechero pasaba con la vaca y vendía leche recién ordeñada. Fue una infancia humilde en el hogar de un ebanista y lustrador de muebles. No nos sobraba nada. Pero tampoco nos faltaba...

En el '66, nos mudamos a una casa en Parque Chacabuco, que mi padre compró con muchísimo esfuerzo. Cursé la secundaria en la escuela técnica ENET N°33, “Fundición Maestranza del Plumerillo” de Villa Soldati, donde me destacué por ser un buen estudiante. En aquella época, gané un premio por participar en una feria de ciencias, con representantes de toda Sudamérica.

En el '69, la desgracia golpeó a nuestra familia. Mi padre murió a los 58 años. Yo tenía apenas diecisiete, y ni siquiera había terminado el colegio secundario.



Con mi hijo Alejandro,
poniendo en marcha el
espectrómetro de la empresa.



Colada inaugural en la nueva planta de La Matanza.

Los comienzos en el mundo del trabajo

La muerte de mi padre nos dejó en una situación económica muy difícil. Mi madre, que siempre había sido ama de casa, empezó a tejer para afuera y tuvo que agudizar su ingenio para que la familia pudiera subsistir. Yo hice los más diversos trabajos para aportar a la economía doméstica. Fui mecánico, fotógrafo y mozo, entre otros. A veces, tenía que ir al colegio caminando, porque no me alcanzaba para el colectivo.

Cuando estaba cursando el último año, una empresa me contrató para su Área de Control de Calidad. Pero duré poco como empleado. Al poco tiempo, la compañía ganó un contrato muy importante para la provisión de válvulas en aleaciones especiales para plantas de compresión de gas.

Yo había estudiado esos materiales en la secundaria. Por esas cuestiones del destino, el premio que había ganado tenía relación directa con las necesidades de la empresa. Así que me ofrecí a ser proveedor. Como no tenía taller, conseguí que el ENET N°33, me prestara su taller para moldear y fundir las piezas.

Así, con sólo dieciocho años, ya tenía mi propio emprendimiento. Ese trabajo me permitió costear el comienzo de mis estudios en Ingeniería Metalúrgica en la Universidad Tecnológica Nacional.

Agregando material en el horno para fundir.



Un proyecto familiar

En 1972, con mis hermanos Alfredo y Raúl, ambos técnicos metalúrgicos, trabajábamos en Aceros Guazú, en la localidad de Carupá del partido de Tigre. Habíamos conseguido que unos inversores confiaran en nosotros. Ellos ponían parte del dinero. Nosotros, el trabajo y conocimiento para manejar la empresa.

En el '76, alquilamos un terreno en Wilde y nos independizamos de los inversores. Allí fundamos Inoxidables Lincoln S.R.L.

Compramos un horno industrial en cuotas y empezamos a conseguir clientes. Éramos como sastres, que hacíamos trajes a medida. El cliente nos traía un problema metalúrgico específico, y nosotros se lo resolvíamos. En aquellos tiempos, muchos repuestos de máquinas del exterior no se conseguían en el mercado doméstico.

Nosotros nos propusimos llenar ese espacio, y nos fuimos especializando en la fabricación de piezas en aceros especiales, sustituyendo importaciones a

través de ingeniería inversa. Nos encargábamos de todo el proceso, desde la obtención de croquis hasta la instalación del producto terminado, pasando por los tratamientos térmicos, el mecanizado y la fundición.

Hacer industria en la Argentina

La empresa creció, superando los distintos vaivenes de la economía argentina. Hacia finales de los '70, llegamos a tener un plantel de unos 70 empleados. Con el tiempo, mis hermanos abandonaron la empresa para seguir otros proyectos, y yo seguí adelante solo.

Los '80 fueron tiempos de fuerte crecimiento, gracias a una serie de proyectos muy importantes. En esa época, se construyeron centrales atómicas y petroquímicas. Nosotros ganamos muchos contratos para fabricar piezas de aceros especiales. También desarrollamos quillas de barcos deportivos, que vendimos en todo el mundo.

En los '90, padecimos el menemismo y la destrucción de la industria nacional. De los 200 clientes activos que teníamos, sólo nos quedaron cuatro.

Tuve que hacer un enorme esfuerzo para mantener la estructura de la empresa. Pero no despedí a nadie. Si bien ya no disponía de fondos para mi sustento personal, siempre pagaba los sueldos. Logramos sobrevivir porque no estábamos endeudados.

Aceros Corona, hoy

A partir de 1997, aún en medio de la difícil década menemista, surgió el sueño de una fábrica nueva, con todos los adelantos tecnológicos. Tras la devaluación de 2002, la reactivación de la demanda y la política industrialista del Gobierno, comenzamos cumplir con aquel anhelo. Con mis hijos, Marcelo y Alejandro creamos una nueva empresa: Aceros Corona S.R.L.

Actualmente, trabajamos en un predio de 5000 m² de la localidad de La Matanza, con un plantel de unos 50 operarios. La mayor parte de la producción se destina al mercado automotriz, petroquímico, alimenticio, siderúrgico, de bombas y válvulas, y dispositivos de tratamiento térmico. Nuestra capacidad de fundir aleaciones complejas es ampliamente reconocida en el mercado local e internacional.



Colando una pieza de gran tamaño.

Contamos con la certificación ISO 9001:2008 y con un sistema muy estricto de gestión ambiental. Algunos años atrás, desarrollamos un proyecto para producir una máquina que nos permite recuperar el 98% de la arena de fundición. La tratamos dentro de la fábrica y volvemos a utilizarla. Ganamos un premio por este procedimiento único en la Argentina, que nos permite ser una empresa limpia y competitiva en un rubro tradicionalmente contaminante.

En los últimos años, he ido delegando en mis hijos distintos aspectos del manejo de la fábrica.

Marcelo Koblecovsky: Con mi hermano Alejandro, hemos impulsado una serie de cambios para mejorar la competitividad. Nuestra visión es pasar de la fabricación de piezas a medida al desarrollo de productos propios. Si bien no dejamos de atender a nuestros clientes históricos, se trata de un cambio radical en la forma de concebir el negocio.

Para ello, hemos incursionado en actividades de alta tecnología. Uno de nuestros primeros productos es la joyería de acero quirúrgico con cristales Swarovski. Hacemos anillos, aros y colgantes, que vendemos en todo el país



Verificando material fundiendo en el horno.

Adolfo: Cuando veo mi historia en perspectiva, siento un inmenso orgullo por el camino recorrido. Todo me costó mucho, demasiado viéndolo desde hoy, como cuando tuve que salir a trabajar para aportar a la economía familiar tras la muerte de mi padre. Tuve que madurar de pronto. Pero yo creo en la ley del equilibrio de la vida. Te da en algunos aspectos, y te quita en otros.

Si bien pude disfrutar poco tiempo de mi padre, él me dejó un legado de dignidad que me acompaña hasta hoy. Para ser digno, tenía que ganarme el pan todos los días, con una cultura de trabajo que hoy parece haber pasado de moda.

La Argentina se construyó con una inmigración que, en muchos casos, vino a “hacer la América”. Muchos llegaron con el objetivo de enriquecerse rápidamente para luego regresar a Europa. Creo que algo de esa cultura subsiste en nuestros industriales.

Muchos no invierten en sus fábricas, sino que prefieren diversificar sus apuestas en campos, departamentos y otras actividades. Por eso, en algunos casos, tenemos empresarios ricos con fábricas pobres.

En nuestro caso, siempre hemos invertido todo en la fábrica, para la incorporación de la tecnología más moderna. No tenemos coches de lujo ni campos. Y recién empezamos a disfrutar cuando la empresa estuvo consolidada.

No es fácil hacer industria en la Argentina, con tantas fluctuaciones y tantos cambios de política. Creo que si sobrevivimos fue porque nunca nos endeudamos. Siempre jugamos con nuestros propios recursos, con ingenio y creatividad.

Por muchos años, hice un viaje anual a Alemania, invitado por una empresa a dictar cursos sobre aceros especiales y resolución de problemas metalúrgicos. Allí aprendí que los ingenieros argentinos eran especialmente valorados por su capacidad para encontrar soluciones rápidas a los problemas. Tal vez sea que lo hemos aprendido del salmón, a sobrevivir, nadando siempre contra la corriente.